



*Me salvas*

Jenny Amieva



colección  
*Huellas*

---

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.»

© del texto: Jenny Amieva

© diseño de cubierta: Kivir ediciones

© de esta edición: Kivir ediciones

[info@kivirediciones.es](mailto:info@kivirediciones.es)

[www.kivirediciones.es](http://www.kivirediciones.es)



Impreso en España

Primera edición: mayo, 2021

ISBN: 978-84-123054-6-3

---

A mi hija Helena, por ser mi principal inspiración para todo desde  
que llegaste a este mundo.

A mi marido, por creer en mí más de lo que yo misma he  
conseguido creer.



---

# Prefacio

Contó con los ojos cerrados los segundos que quedaban para conocer el resultado, rogando al cielo que estuviera equivocada. Su vida ya bastante había cambiado en las últimas semanas para añadir un problema. Apenas tenía los dieciocho años, pero sus padres, conservadores como los que más, la obligaron a casarse con alguien a quien apenas conocía para acallar los rumores que se cernían sobre ella. Rumores que, por otra parte, eran ciertos.

Sí, se había enamorado de un hombre quince años mayor que ella felizmente casado, pero eso no la convertía en lo que la calificaban las cotillas del pueblo. Solo era una niña que se había entregado a la persona equivocada. ¿Acaso era un delito? Sus padres creían que sí.

Él se fue, o mejor dicho, huyó con su mujer y un simple «Lo nuestro no puede ser, eres una niña». Pensó con rabia e impotencia que ya se podría haber dado cuenta antes de arrancarle su inocencia y su dignidad, pero no se arrepentía de nada, a pesar de que ahora debía pagar las consecuencias.

Abrió los ojos con un suspiro cuando creyó que ya habían pasado los tres minutos más largos de su vida, y miró horrorizada la línea rosa que confirmaba sus peores temores.

—Estoy perdida —murmuró desesperada, llevándose las manos a la cabeza y pensando que volverían las habladurías, volverían a señalarla con el dedo y sus padres volverían a renegar de ella.

Su marido abrió la puerta del baño y la encontró con la cabeza apoyada en las rodillas, llorando a lágrima viva. No le tuvo que preguntar nada. Solo vio el test de embarazo positivo, se lo quitó de la

---

mano y la abrazó con fuerza. Aunque se tratara de un matrimonio concertado, lucharían por ser felices.

—Lo querré como si fuera mío —le prometió.

---

# Capítulo 1

Nerea daba vueltas frente al espejo de cuerpo entero instalado en su habitación, mirando cada parte de su vestido veraniego, sus zapatos, su pelo y su maquillaje, para asegurarse que nada estaba fuera de lugar.

—¡Nada mal! —dijo en voz alta, a pesar de estar sola, para infundirse valor a sí misma.

Había quedado con Miki de nuevo. Llevaba colada por él desde pequeña, y ahora que estaba a punto de empezar el último curso de Bachillerato, por fin tenía una cita. Bueno, estarían todos sus amigos también, pero la noche anterior habían bailado juntos cuando sonaron las canciones lentas, y eso tenía que significar algo.

Unos toquecitos en la puerta la sacaron de su ensoñación. Pensó que su abuela vendría a quejarse del volumen de la música que le gustaba escuchar mientras se arreglaba. Apenas podía distinguir las letras ella, pero la anciana, pese a tener que repetirle tres veces las cosas, tenía un oído muy fino para quejarse por cualquier pequeño ruido que no le gustara y para no perderse un solo cotilleo. Pero la puerta se abrió y su madre asomó la cabeza por la rendija.

—¿Se puede?

—¡Mamá! —exclamó, lanzándose a abrazarla. Llevaba dos semanas sin verla, desde que viajó a Barcelona para un asunto de trabajo.

Estaban muy unidas. El padre de Nerea se había marchado de casa, dejándolas solas, y se apoyaron tanto la una en la otra que más parecían dos amigas que madre e hija.

—Hola, cariño. ¿Dónde vas tan guapa? —dijo llenándola de besos y limpiándole el carmín de la mejilla con el dedo.

---

—Pensaba ir a Llanes un rato con la pandilla —dijo, y se le iluminaron los ojos.

Desde que se quedaron solas, subsistían con el modesto salario de secretaria de su madre, y habían tenido que abandonar su chalet adosado a pie de playa para volver a casa de la abuela, en un pueblo donde lo único que había eran casas y algún hotel para turistas.

—¿Quieres que te lleve? —Se ofreció Mireia, un poco decepcionada de no poder tener un rato con su hija, aunque sabía que era lo justo.

—Miki ha quedado en recogerme en un cuarto de hora.

—¿Miki? ¿En serio? —dijo su madre sorprendida, que sabía de sobra cómo su hija idolatraba al chico, aunque él no hubiera hecho nunca ningún amago por interesarse en ella. En aquel pequeño pueblo asturiano era fácil conocer a todos, y aunque el amor platónico de Nerea no tenía la mejor reputación, sabía que era lo suficientemente responsable y madura como para no dejarse arrastrar a su mundo.

—¿Y qué tal por Barcelona? —Quiso saber Nerea, cambiando de tema muy a su pesar.

—Bien, muy bien... —contestó Mireia vagamente, pasando una mano por su pelo. Nerea la miró con una ceja alzada.

—¿Ocurre algo?

—Ya hablaremos cuando vuelvas. Tranquila, cielo, pásalo bien. — Mireia se encogió de hombros y sonrió, intentando parecer tranquila, mientras un pitido en el exterior indicaba que su cita ya estaba allí.

Nerea la miró dubitativa un momento, pero cuando Miki volvió a hacer sonar el claxon con impaciencia, bajó corriendo la vieja escalera de dos en dos escalones.

Miki esperaba en su flamante descapotable fumando un cigarrillo y con la música a tope. Nerea sintió que su corazón se aceleraba. Era tan sexy... Cuando la vio llegar, tiró el cigarrillo y le dirigió aquella sonrisa perfecta que la volvía loca.

—Hola. —Saludó subiendo al asiento del copiloto.

—Estás muy guapa —contestó él, rozando su barbilla con el dedo índice. Nerea enrojeció—. ¿Adónde vamos?



---

—No entiendo —dijo Nerea, sorprendida—. ¿Y los demás?

—Había pensado en que podríamos ir por libre, tú y yo. —Se inclinó sobre ella y posó una mano sobre su rodilla.

Nerea se puso nerviosa al instante. Miki le gustaba mucho, muchísimo, y la idea de tenerle para ella sola durante un rato era más que tentadora, notaba su aliento tan cerca... Antes de poder pensar en una respuesta, la besó, con delicadeza al principio, aunque pronto notó su lengua buscar la suya y su mano levantar su falda, y se separó rápidamente. Miki suspiró frustrado por el rechazo al que no estaba acostumbrado, pero decidió tener más paciencia que de costumbre.

—Me gustas —le dijo, y ella notó como si el corazón se fuera a salir por su pecho—, y creo que yo a ti también. —Nerea solo pudo asentir—. ¿Sales conmigo?

—¡Sí! —exclamó ella sin ningún tipo de duda, y fue la primera esta vez en dar el paso y besarlo, sintiendo que la vida era maravillosa.

Lejos de allí, en Barcelona, David llegaba a casa tras la enésima pelea con Dafne. Hacía tiempo que lo suyo había terminado, pero de vez en cuando quedaban para pasar el rato, lo que se acababa reduciendo a sexo y discusión. Era absurdo y agotador, porque obviamente lo que hubieran tenido meses atrás había desaparecido para siempre. Lo sabía desde hacía tiempo, pero sin saber cómo, ella siempre lo acababa arrastrando a sus caprichos y, siendo sinceros, tampoco es que pusiera muchos impedimentos.

Se sorprendió al ver que su padre estaba en casa. Últimamente tenía muchas guardias en el hospital, tanto que a veces David tenía la sensación de vivir solo.

—¿Papá? —llamó mientras soltaba las llaves en el recibidor y entraba en la cocina, donde su padre estaba haciendo la cena.

—Hola. Vaya, no te esperaba tan pronto. ¿Vienes solo? —dijo Daniel, apartando la sartén del fuego.

—Sí —repuso David, viendo lo que parecía un huevo frito, o chamuscado—. ¿Pasa algo? ¿Ha muerto alguien? Aparte de ese huevo, quiero decir.

—Llevaba tanto tiempo sin un solo día libre, que no sabía qué hacer —contestó Daniel cogiendo dos platos para repartir la cena que

---

en principio era para uno. Suerte que nunca acertaba con las cantidades.

David ayudó a poner la mesa notando el nerviosismo de su padre, lo cual era extraño, tratándose de la persona más tranquila que conocía, sobre todo en contraste con él, que nunca estaba quieto.

—¿Pasa algo? —preguntó sentándose a la mesa de cristal de la cocina, y lamentando no haberse quedado con Dafne al ver el extraño mejunje que su padre intentaba hacer pasar por huevos con beicon.

—No, nada malo. —Empezó Daniel. Su hijo era demasiado observador—. Mira, en realidad es algo bueno, pero...

—Al grano, papá. —Le apremió David mientras se servía un poco de agua.

—He conocido a alguien —dijo Daniel, después de unos segundos—. A una mujer.

David se sorprendió. Siempre había estado solo con su padre, desde que su madre muriera al darle a luz. No recordaba haber visto a su padre interesado en rehacer su vida amorosa, Daniel se dedicaba casi exclusivamente al trabajo, aparte de estar con su hijo. Había tenido algún rollo esporádico varios años más joven que él, pero nunca le había hablado a David de ellas. Como mucho, alguna mañana se había encontrado con una mujer saliendo apresurada de su casa cuando iba a hacer el desayuno. Sin duda, en aquella ocasión, la afortunada había calado hondo.

—¿En serio? Vaya, eso es genial —dijo sinceramente—. ¿Quién es?

—La conocí hace unos meses por un chat... —Daniel se rascó la cabeza nervioso, consciente de estar sonando algo patético. David alzó una ceja. Su padre siempre había triunfado sin falta de esos medios, esperaba que fuera una compañera de trabajo, o incluso alguna paciente que le hubiera echado el ojo al atractivo jefe de urgencias, pero, ¿por chat? Intentó no reír—. El caso es que vive algo lejos.

—Eso de las relaciones a distancia no funciona, ya lo sabes, ¿verdad? —David dio un bocado a un trozo de beicon carbonizado y su rostro se ensombreció por un momento.

—Lo sé... Por eso la he invitado a vivir con nosotros —dijo del tirón estudiando la reacción de David, que se había quedado con el

---

tenedor congelado a la altura del cuello—. Bueno, tú pronto irás a la Universidad, o con Dafne, y...

—¿Estás de broma? —exclamó David—. ¿Pretendes que viva con una completa extraña?

—Creí que me apoyarías —repuso Daniel, algo dolido.

—Pero una cosa es apoyarte, y otra esto... ¿No podías al menos haberme consultado antes de tomar una decisión que también me afecta a mí?

Daniel suspiró. Contra aquello no podía discutir.

—Lo siento, pero creo que puedo decidir por mi vida por una vez —le recriminó con tranquilidad—. David, he pasado casi diecinueve años solo, creo que merezco intentar ser feliz de nuevo.

—¿Y cuándo viene? —preguntó cambiando el tono. En el fondo, y por más que le molestara, sabía que su padre tenía razón. «No es justo recriminarle que viva su vida. Prácticamente tengo un pie fuera de casa y siempre se ha dedicado a mí», pensó aunque le fastidiara.

—Ella y su hija vendrán en un par de semanas.

—Ah, que encima viene con mocosa... —murmuró David en voz baja—. Genial.

\* \* \*

—¿Cómo que nos mudamos? —exclamó Nerea dando vueltas por la habitación, nerviosa—. ¿Por qué? ¿Adónde?

Mireia sabía que era una decisión dura para su hija, cambiar completamente de vida... La pobre había llegado emocionadísima diciendo que estaba saliendo con Miki, y se encontró con la desagradable sorpresa de que en un par de semanas todo cambiaría.

—Nerea, cariño, sabes que para mí eres lo más importante, pero he conocido a alguien. Estoy ilusionada, y creo que me merezco intentarlo.

—Pero... —A Nerea se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Qué hay de mi vida? Yo tengo todo aquí: mis amigos, mi novio... ¿Tiene que ser justo ahora?

---

—Lo siento... Sé que es lo último que esperabas ahora, pero deseo que me entiendas. Miki y tus amigos podrán visitarte cuando quieras, y seguro que Barcelona no está tan mal. Tiene una de las mejores universidades, y es muy bonito —contestó pobremente, aunque sabía que lo que menos le importaba a Nerea eran las posibilidades que podía ofrecerle la ciudad.

—¿Y por qué no me puedo quedar con la abuela? —Intentó agarrarse a un clavo ardiendo, sabiendo que era una batalla perdida. Su madre lo había decidido y era imposible que cambiase de opinión.

—No me iré sin ti, Nerea. Siempre hemos estado juntas, y no voy a anteponer mi felicidad a eso.

Nerea suspiró frustrada. La estaba dejando entre la espada y la pared. «¿Qué se supone que debo hacer? —reflexionó—. ¿Obligar a mi madre a renunciar a su felicidad después de todo lo que ha pasado?».

—Ni siquiera sé catalán. ¿Cómo voy a hacer la Selectividad? —protestó.

—Lo he arreglado todo para que puedas aprender, y tienes casi un año para estudiarlo en una academia.

A Nerea le dolió comprobar que ya estaba más que preparado desde hacía semanas.

—Está bien. —Se rindió con un sollozo—. Pero olvida lo de la universidad. Quiero estudiar aquí, y volveré cuando cumpla los dieciocho. —Algo que había heredado de su madre era su enorme determinación.

Mireia asintió, sabiendo que no podría discutir con ella y que, después de todo, sus condiciones eran justas. Solo le quedaba rezar porque encontrara su lugar en Barcelona.

---

## Capítulo 2

Las dos semanas de plazo habían pasado volando, tanto que Mireia le había tenido que recodar a Nerea que se iban en un par de días. Aunque llevaba de morros todo ese tiempo y seguía con muestras de disconformidad, finalmente estaban en la Ciudad Condal.

Nerea miraba distraída por la ventanilla. Apenas había salido del pueblo en toda su vida y tenía que reconocer que era bonito, muy diferente con sus altos edificios, las anchas carreteras... Pero para ella solo se trataba de una prisión, al menos hasta que cumpliera la mayoría de edad en apenas cuatro meses.

Miki no había puesto demasiados problemas a continuar su relación. Según él, eran pocos meses de espera y harían que valiera la pena cuando volviese. Sonrió ante ese pensamiento cuando su madre le anunció que habían llegado.

Nerea echó un vistazo. Era un imponente chalet desde donde incluso podía escuchar el sonido de las olas.

—Vamos, ¿puedes alegrar esa cara? —Lo intentó su madre mientras sacaba su móvil del soporte de GPS y lo guardaba en la guantera—. Tu habitación será más grande que el salón de la casa de la abuela.

—Me gusta el salón de la abuela —protestó bajando del coche y notando al momento que allí hacía mucho más calor que en Asturias, a pesar de ser bien entrada la noche.

Mireia la dejó por el momento, y se dedicó a sacar el equipaje del maletero del coche cuando un hombre salió a su encuentro. Nerea tuvo que apartar la mirada incómoda cuando su madre se lanzó hacia él

---

como una quinceañera enamorada. Era de lo más extraño verla así cuando ella todavía esperaba noticias de su padre, o al menos una explicación, pero no dijo nada y fingió estar muy ocupada en encontrar su macuto.

—Tú debes ser Nerea —dijo Daniel de pronto, una vez que su madre se hubo despegado.

—Sí, hola —contestó ella, intentando forzar una sonrisa mientras él se acercaba a darle dos besos.

—Deja que te ayude con eso. —Antes de que Nerea pudiera contestar, le quitó un pesado bulto de las manos.

Acabaron pronto de transportar todas las maletas y cajas, a pesar que su madre había traído la mitad de su casa. Ella había optado por la ligereza, porque estaba convencida que pronto volvería y tendría todas sus cosas de nuevo a su disposición, así que todos sus enseres se limitaban a la ropa de verano, algo de entretiem po, su portátil y todo su maquillaje.

La casa aún era más impresionante por dentro, decorada con un gusto exquisito y muy espaciosa. Declinó la oferta de cenar en la cocina, alegando que estaba llena con el bocadillo que habían compartido por el camino, y que estaba algo revuelta del viaje. En verdad se sentía una extraña. Era como si su madre hubiera cambiado toda su vida por otra que la hacía realmente feliz, dándole a ella un papel de figurante.

Tras un rato, se escabulló hasta la que sería su nueva habitación, una enorme estancia con una cama de matrimonio, un armario hecho a medida que ocupaba toda una pared y un escritorio de caoba. Ni siquiera después de instalar todas sus cosas, sus figuritas, unas cuantas fotos de sus padres, y la última que se había hecho con Miki la noche anterior... lograba ver aquella estancia como suya. «Bueno, la verdad es que la habitación es impresionante, al menos para los próximos cuatro meses», se recordó a sí misma para infundirse valor.

Abrió su ordenador portátil, comprobando que recibía buena señal *Wi-fi*, cuya contraseña aparecía en un papel sobre el escritorio junto a un *pack* de bienvenida: un botellín de agua, un jarrón con una bonita flor y una bolsa de caramelos. Sonrió. «Al menos se esfuerza. Es un

---

buen hombre y hace feliz a mamá», pensó, aunque sabía que le resultaría difícil ver a su madre con alguien que no fuera su padre.

Antes de detenerse mucho en ese pensamiento, decidió abrir las redes sociales y navegar un poco. Se sintió mejor al ver que tenía varios mensajes en su Facebook deseándole suerte, incluso Miki había colgado una foto en la que la besaba en la mejilla y ella era la descripción gráfica de la alegría.

Sintió de nuevo el escozor de las lágrimas. Le parecía tan injusto sacrificar su propia felicidad, aunque fuera a cambio de la de su madre... Cerró el portátil como si quemara y se dejó caer en su enorme cama nueva, permitiendo brotar las lágrimas hasta que por fin se quedó dormida.





---

## Capítulo 3

Abrió los ojos asustada, con la amnesia de quien acaba de despertar en un lugar por primera vez. Hacía una mañana soleada, a juzgar por la cantidad de luz que entraba por la ventana. Se desperezó y miró a su alrededor. Eran más de las once de la mañana y no tenía ninguna prisa por empezar su primer día en Barcelona, pero sabía que no podía retrasarlo mucho más. Seguramente su madre ya le reñiría suficiente por haberse ido la noche anterior sin cenar en familia.

Miró su móvil y se encontró con un *WhatsApp* de su madre.

«Hemos salido a pasear por el centro. Te iba a avisar, pero roncabas y me daba pena», seguido de un emoticono sacando la lengua, y otro enviándole un beso.

«Yo no ronco —pensó poniendo los ojos en blanco—. Genial, ¿y ahora qué hago, si no conozco a nadie?». Sabía que la playa estaba muy cerca, pero desechó la idea y optó por darse una buena ducha. Estaba sola en casa, así que decidió salir hacia el baño solo con una toalla. Puso su lista de reproducción en el móvil y dejó que el agua saliera casi fría.

Cuando salió, se cepilló su larga melena castaño claro y canturreó un poco para animarse. De repente, escuchó un ruido en el pasillo.

—¿Mamá? —llamó, pero no obtuvo respuesta—. ¿Daniel? —Nada.

Esperó, pero lo único que se oía eran pasos, cada vez más cerca. Miró a su alrededor y tomó el bote de laca. Abrió la puerta del cuarto de baño.

—¿Mamá? —repitió.

—No soy tu madre.

---

Escuchó una voz masculina a su espalda y, girándose, dio un grito y pulverizó el bote de laca.

—Pero, ¿te has vuelto loca?! —exclamó David tosiendo.

—¿Quién eres tú? —chilló ella aterrorizada—. Si has entrado a robar, aquí no hay nada. Vete o llamaré a la policía.

—Más bien la debería llamar yo. Esta es mi casa —repuso.

Nerea lo miró por primera vez, aún con desconfianza y apuntándole con el bote de laca, de forma seguramente ridícula. Se encontró con un chico alto y atlético, moreno y con unos impresionantes ojos verdes.

«¿Daniel tiene un hijo? ¿Por qué nadie me lo había dicho? O quizás lo hicieron, pero no presté atención», pensó queriendo que la tierra la tragara al recordar que solamente llevaba una toalla, que sujetó con fuerza. Sin embargo, él parecía más divertido que molesto.

—Aunque si siempre vas así, no voy a quejarme —le soltó, haciendo que enrojeciese hasta las orejas. «Será imbécil», se dijo—. ¡No me digas que eres Mireia! Mi padre cada vez se las busca más jóvenes. —Frunció el ceño.

—Claro que no, idiota. Soy su hija.

David esperaba una cría en preadolescencia, no una chica tan... mona. Le divertía ver cómo enrojecía, seguramente consciente del espectáculo que estaba dando.

—Se te está bajando la toalla —mintió, haciendo que tirara de ella hacia arriba, y soltó una carcajada.

Se giró enfadada y fue hacia su habitación, cerrando la puerta e intentando recuperar la respiración después de aquel bochorno, y luchando por no pensar en aquel chico guapo y gracioso que acababa de conocer.

Se vistió con un conjunto cómodo para estar por casa y bajó las escaleras. David estaba repantigado en uno de los sillones del salón, viendo la tele. Sin hacerle caso, fue directamente hasta la cocina, pero él no parecía por la labor de dejarla en paz.

—¡Qué decepción! —dijo él alzando la voz y lo miró con cara de pocos amigos—. Vestida pierdes —añadió lanzándole un guiño.

—Imbécil —masculló pasando de largo y entrando en la enorme cocina, mientras escuchaba sus pasos detrás de ella. «¿En serio piensa seguirme a todas partes para dar la lata?», pensó.

---

Lo ignoró por completo y abrió el frigorífico en busca de algo que desayunar, y es que no había comido nada desde la tarde anterior, cuando mordisqueó de mala gana medio bocadillo. Daniel le dijo que podía explorar libremente, así que no se pensaba dejar intimidar por su molesto compañero de piso. Este se apoyó en la encimera, con pose casual y una sonrisita que la desquiciaba. Miró con cierta tentación los tenedores.

—Mi padre ha traído unos pasteles y ahí hay zumo recién exprimido —dijo, señalando un vaso. Nerea se sorprendió ante el gesto de amabilidad—. Me he hecho para mí y ha sobrado un montón. — «Ya me extrañaba a mí...».

Cogió uno de los pasteles de crema que había sobre la mesa y el vaso de zumo, bebiéndolo de un trago. Estaba fresco y sentaba muy bien.

—Está rico. —Concedió.

—Por supuesto, lo he hecho yo. —Nerea puso los ojos en blanco y se centró en su desayuno para tener la fiesta en paz, pero no pasó desapercibido para David—. Si frunces así el ceño, te arrugarás pronto, hermanita —se burló. Nunca había tenido un hermano pequeño al que chincar y se lo estaba pasando en grande. Nerea era de las que se picaba con facilidad, podía verlo.

—No me vuelvas a llamar así, no soy tu hermanita —contestó ella a la defensiva.

—En funciones lo eres, y como ni siquiera te has presentado como es debido... —dijo David encogiéndose de hombros, desquiciándola aún más.

—Soy Nerea —murmuró acabando su pastelito.

Tenía razón. No es que se estuviera mostrando muy sociable, aunque la actitud de David tampoco ayudaba demasiado. Pero si tenían que vivir juntos, mejor enterrar el hacha de guerra.

—David. —Se presentó él, inclinándose para darle dos besos. A pesar de ser un gesto de lo más normal, Nerea se puso nerviosa al instante, pero intentó disimularlo, incluso cuando él se acercó mucho a su oído para decirle—: Prefiero «hermanita».

—¡Aj! —exclamó con desesperación—. ¿Siempre eres tan pesado, o es que no tienes nada que hacer?

---

David solo soltó una risotada en respuesta, divertido ante sus reacciones, lo que la cabreó aún más. En aquel momento, Mireia y Daniel llegaron y casi se chocaron con Nerea, que salía molesta de la cocina camino a su habitación.

—Veo que ya os conocéis —dijo Daniel alegremente.

—Sí, desgraciadamente —repuso lanzándole una mirada de enfado a su madre, como si tuviera la culpa del comportamiento de David.

Nerea se fue escaleras arriba sin decir nada más y Mireia suspiró, y es que, desde que llegaron, solo había soltado desaires y malas caras. No podía reprochárselo, pero tendría que hablar con ella seriamente.

—Vale, iré a pedirle perdón. —David se sintió como un niño que tiene que disculparse por algo que no ha hecho, solo para no quedarse sin merienda.

Subió hasta el segundo piso y se encontró con que Nerea había dejado la puerta entreabierta. La podía ver hablar por teléfono, y se fijó en que estaba llorando.

—Esto es una mierda, Miki, te echo de menos —decía dando vueltas por la habitación—. No, no puedo irme tan pronto porque se lo prometí a mi madre, pero no sé cuánto más podré aguantar. Está bien, perdona... Te llamaré en otro momento.

Cuando colgó el teléfono, se limpió las lágrimas y David dio unos toquecitos a la puerta. Lo miró entre sorprendida y enfadada.

—¿Qué quieres? —le espetó furiosa.

—Eh, ¿estás bien? —Quiso saber David.

Nerea, que esperaba que soltara otra de las suyas, optó por fingir que no sabía de qué hablaba e intentó forzar una sonrisa.

—Sí, ¿por qué?

—Porque tienes todo el rímel corrido y estás fea —contestó, y le tendió un pañuelo de papel.

—Gracias —respondió ella cogiéndolo. A pesar de que le acababa de soltar otra, al menos había tenido la delicadeza de preocuparse—. No es nada, solo que preferiría no estar aquí y seguir con mi vida de siempre.

¿Por qué le estaba diciendo todo aquello, precisamente a él? Tal vez fuera porque su madre estaba demasiado ocupada viviendo su nuevo